XVII Domingo Tiempo ordinario

Reyes 4,42-44; Efesios 4,1-6; Juan 6,1-15

««Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie». Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada»

25 Julio 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Me gusta la actitud de los que confían y son abiertos. De los que siembran esperanzas y no viven condenando a los que no son como ellos. Me gusta la paz dibujada en un abrazo»

Detrás de cada paso que doy se esconde Dios tocando mis pasos. Detrás de cada decisión que tomo está el mismo Dios sosteniendo mi vida. Y yo me creo que depende todo de mí. Me siento como un dios tratando de alinear los astros de tal forma que todo funcione a la perfección. Pero luego veo que voy cambiando. Y lo que un día pareció enamorar mi corazón súbitamente no me satisface. Ese mismo rostro del que me enamoré, o su tranquilidad y su calma. Súbitamente me molestan formas que antes amaba. Y huyo de hábitos que un día llenaron mi corazón. ¿Estaré yo mal o es que voy cambiando? Nadie me dijo que dejaría de gustarme lo que antes me gustaba. Ignoraba las consecuencias de la decisión que un día tomé convencido de que era la mejor salida. ¿Nada es para siempre? ¿Todo cambia? Hay cosas que permanecen en el tiempo, estables y firmes. Y me siguen enamorando pasados los años. Pero hay otras que cambian, o mejor, soy yo el que cambia y ahora no me despiertan alegría. Otras cosas que un día odié hoy despiertan mi atención. Sigo sin poder hacerlo todo bien, menos aún perfecto. Y no logro sostener el mundo con mis manos débiles. Tan frágil soy, tan pesado es el mundo. Me abruma el paso del tiempo que deja canas en su huida sin darme cuenta. Temo repetir errores del pasado o de otros. Y puede que mis aciertos no valgan para siempre. Cambio, todos cambian, no me importa constatar el paso del tiempo. Y ver que no soy el mismo que empezó a caminar un día alabando a Dios por el milagro de la vida. He sufrido y he vivido. Me he alegrado y he acogido tristezas en el alma. No me importa constatar que soy débil y pequeño. Me alegra el amanecer igual que antes. Y al ponerse el sol me siento tan cansado como siempre, igual de feliz. El día siempre desgasta con su paso. Me gustaría ser como la persona aquí descrita: «Era, en mi opinión, la que más cómoda se sentía consigo misma. Nunca sucumbía al pesimismo; veía los contratiempos como lecciones vitales positivas de las que salía fortalecida»¹. Quiero sentirme cómodo conmigo mismo. Los cambios no me abruman en exceso. No siento que sólo tenga una posibilidad para ser feliz. Quiero aprender de los contratiempos de cada día. Y sacar algo positivo de cada caída. No hay mal que dure eternamente. Igual que las cosas buenas se acaban cuando menos lo deseo. Y los sueños, algunos se hará realidad, otros morirán antes de nacer. Y la vida es un camino largo que recorro desde mis límites, aprendiendo cada día. Incluso cuando el dolor, la cruz, la enfermedad puedan haberme arrebatado cosas. Comenta Olatz Vázquez lo que ha perdido en su enfermedad: «Estabilidad emocional; un día quieres comerte el mundo y piensas que puedes con todo, y al siguiente en lo único que piensas es en descansar tirada en la cama. Pelo; en mi caso dos veces. Personas; he perdido a muchísimas personas. Me he llevado muchas decepciones. Y control; el cáncer me ha hecho soltar el volante con el que conducía mi vida y ahora voy sin manos, sin frenos y cuesta abajo». La vida me da cosas y luego me las quita, o las pierdo. Una enfermedad es parte de la vida y no es fácil asumirlo. Pero soy más que todo lo que pierdo con ella, más que todo lo que la suerte me quita. Me aferro al amor que tengo guardado en el alma. Y valoro como un don de Dios todo lo que me sucede. Y no dejo de sonreír incluso cuando pierdo mucho. Y siento la injusticia en la piel como una amenaza, como una realidad que hiere. Y me da miedo pensar en las cosas que puedan sucederme. El futuro me espera, inquieto y desafiante. Me aterran esas posibles desgracias que imagino en mi fantasía viva y despierta. No me desespero cuando nada resulta como estaba planeado. Abrazo sin miedo a

¹ Lucinda Riley, Matilde Fernández, Sheila Espinosa Arribas, Las siete hermanas 1: La historia de Maia

abrazar. Espero sin miedo al futuro. Me alegran las cosas que hay aunque desee las que aún no llegan. **No tiemblo ni pierdo la paz porque Dios sigue a mi lado en todas mis batallas.**

Me pregunto cómo dar respuesta a todos los interrogantes que la vida me plantea. Leía el otro día: «Vivir significa asumir la responsabilidad de encontrar la respuesta correcta a las cuestiones que la existencia nos plantea»². No es tan fácil responder a todas esas preguntas que permanecen mecidas por el viento. Me gustaría que todo fuera blanco o negro, para no tener nunca dudas. ¿Y si las dudas brotan en el alma a medida que avanzo por el camino de la vida? Miro hacia atrás queriendo entenderlo todo. Y no es posible. Pienso que estoy donde Dios quiere que esté ahora. Pero ¿y si hubiera tomado justo la opción contraria? ¿No pensaría que estaría también en el lugar que Dios quería para mí? No es tan sencillo acertar. O más bien no es tan absoluto un camino o el otro. Es verdad que cada decisión lleva consigo nuevas responsabilidades. De ese modo lo que elijo se convierte en parte de una melodía que voy componiendo con las notas de Dios. Sé que los pasos en falso me dan experiencia y los aciertos suben mi ánimo. ¿Cómo se puede contener en un vaso de cristal toda el agua del mar? Imposible. Igual que no se pueden detener las olas para calmar el mar. Y no logro poner un límite al viento para que no sople alterando mi calma. Imposible contener la lluvia en sus nubes para que no me anegue. Nada puedo hacer para que surja la lluvia de un cielo sin nubes. Nada parece estar en mi mano, no soy Dios. No sé cómo recorrer este camino incierto que se abre ante mis ojos. Sólo puedo dar el primer paso del sendero. Y echar unas cuántas lágrimas en el vaso de cristal que sostengo taciturno. Anhelo que la espera me permita ver el crecimiento de los brotes y la subida de la marea casi sin darme cuenta. Medito la vida llena de un tiempo que no me pertenece. Vista desde el futuro mi vida es insignificante. Un poco de agua en el mar, sólo unas gotas. O una corriente de aire fresco. Mientras tanto no eludo la responsabilidad de buscar respuestas a las preguntas que surgen. No sé si dentro de mí, o dentro de Dios en medio de mis silencios. Al menos busco respuestas que respondan a la vida. Sin dar seguridades absolutas a los que las buscan queriendo vivir tranquilos. ¿Para qué necesito tanta tranquilidad? Es fácil descalificar a los que no piensan como vo. O tachar de cobardes a los que no dicen lo que piensan. Es fácil pretender que sólo lo objetivo merezca la pena. Pero no dejo de ser un alma en busca de un sentido. Como dice el poeta Fernando Pessoa: «Si fuera objeto sería objetivo, como soy sujeto soy subjetivo». Quizás lo objetivo me deja más tranquilo. Dos más dos son cuatro y no cuatro y medio. Pero no pretendo erigirme en criterio único y siempre válido. Tan sólo acompañar las preguntas que escucho volando por el aire. Y ver lo importante en medio de tantas cosas superfluas que me quitan la paz. La vida merece la pena. Y no decido yo cuándo acaba o cuándo comienza. Y no tengo derecho a muchas cosas que son un don, no las puedo comprar, como tampoco la felicidad se compra. No me pueden imponer la voluntad de otros, aunque esos otros por un momento parezcan más fuertes y poderosos. El poder es pasajero y el que abusa del mismo, será siempre culpable de haber abusado. El amor es un don, nunca una exigencia. No merezco ser amado. Sólo puedo amar y esperar la respuesta. Y cuando se convierte en exigencia en imposición, faltando al respeto, deja de ser amor automáticamente. Las cosas no son lo que parecen, tienen una identidad honda que no siempre logro ver. Debo aprender a escuchar más de lo que lo hago. Aceptar que no tengo la razón en todo lo que digo. Y asumir que no siempre las respuestas que escucho me dan respuesta. Y la vida cambia, así como las personas. Y entonces el futuro que tengo ante mis ojos no es un dolor, es sólo un camino. Y puedo tomar decisiones que otros no compartan. No soy un molde que se repite por todas partes para mostrar al mundo que somos todos iguales. Aceptar mi originalidad me lleva a querer a los demás siendo distintos, amando la diferencia. Cuando pretendo encasillar o exigir un pensamiento único, lo único que consigo es matar la vida que no me pertenece. Creo en lo que leía el otro día: «Tener una voluntad recia es maduro. Fijarse metas y objetivos. Metas a largo plazo. Hemos sido creados para ser felices y trasmitir la alegría a otros. Se puede aprender a ser optimistas. El optimista sabe ver un proyecto»³. Me gusta la actitud de los que confían. De los que son abiertos, no rígidos. De los que siembran esperanzas y no pasan el día condenando a los que no son como ellos. Me gusta la paz

_

² Viktor Frankl, El hombre en busca de sentido

³ Marian Rojas Estapé, Cómo hacer que te pasen cosas buenas

dibujada en un abrazo. Y el mar contenido en una mirada, es el único lugar en el que cabe. Aunque sólo sea en ese breve instante en el que miro y me miran y me detengo frente a las olas dispuesto a hundirme muy hondo. Aceptar mis propias deficiencias, límites y pecados es la única manera de poder acercarme al que tiene dudas y preguntas. Navego sin un manual de instrucciones buscando un camino. Miro dentro de mi alma, seguro que es el único camino. Resulta gris y aburrido pintar el mundo de un solo color. Hay una paleta de colores y si Dios la ha creado no es para que todos sean iguales. **Acepto la verdad escondida en versos. Hay muchas canciones que me hablan del cielo.**

Todo está relacionado. Mis decisiones siempre afectan a otras personas, lo quiera o no lo quiera. Todo influye. Lo que oigo, lo que veo, lo que hago, lo que siento. Todo se entreteje en un tapiz complejo que muestra por un lado la confusión de los hilos y por otro la belleza de un paisaje. No controlo lo que ocurre y todo me afecta. Pero yo decido cómo reacciono y cómo acepto en mi corazón lo que pasa a mi alrededor. Leía el otro día: «Aunque mi vida había sido moldeada por acontecimientos que escapaban a mi control, era yo quien había decidido reaccionar ante ellos como lo había hecho»4. Soy dueño de mis reacciones desde mi debilidad. Lo que hago con mi vida tiene un peso poderoso en los que me rodean. Como las olas del mar que lamen la orilla de mi alma llevándose algo de arena con su paso. Se van y regresan acariciando mi alma mientras yo me quedo mirando el cielo, el inmenso mar, esa línea tenue desdibujada en la distancia donde parecen unirse y confluir cielo y mar. Y yo tan pequeño en medio de una inmensidad que me supera y rompe mis barreras, mis ritmos y vence mis miedos una fuerza interior que desconocía. Poseo dentro de mí más fuego del que pensaba. Puede que intente contenerlo con una coraza para que nadie rompa el infinito descanso que mi alma desea. Los miedos no me impedirán nunca dar los pasos valientes en medio del oleaje. Lo he decidido. Con esa decisión valiente e impulsiva, algo inconsciente, de los que piensan que nada tienen que perder. Y he aceptado mi papel protagónico en esta historia de mi vida. Mis sueños se realizan sin yo poder dejar de soñarlos. Y mis decisiones, benditos saltos de audacia, me han hecho lo que soy, mejor de lo que era. No quiero dejar de buscar a Dios dentro de mi alma, en la calma del mar, en la paz de sus olas, en las que se mece al viento todo lo que crece dentro de mí, a ritmo lento. Y toco a Dios en los pliegues de mi corazón, caminante y peregrino, mi fiel amigo. Sin dejarme llevar por mis incongruencias y temores. Sin dejar de pensar que soy un pobre hombre llevado por la vida. No me distraigo y pienso que es Él el que me lleva de la mano. Comenta el P. Kentenich: «Porque hoy hay muchos más estímulos en el mundo, nos resulta más difícil que antes caminar con Dios a través del quehacer cotidiano, la Santísima Virgen debe ayudarnos en el cenáculo a cultivar el vivir en la presencia de Dios»⁵. María se ha venido a caminar conmigo para que aprenda a hablar con el Dios de mi camino, en medio de silencios llenos de presencia. Y anhelo esa paz que sólo deja Él cuando me dice que no me olvida y me quiere más que a nadie. Soy su hijo predilecto, lo sé, lo he escuchado. Y por eso tengo paz. Haga lo que haga, tengo paz. Me alejo de aquello que me hace daño, como decía S. Juan XXIII: «Me guardaré de dos calamidades: la prisa y la indecisión». Me lo tomaré con calma cada vez que tenga que discernir, sin prisas. Y cuando lo vea claro, llegará el momento y me pondré en camino. No me quedaré pensando en otros posibles caminos, en otras posibles decisiones. Lo decidido es lo correcto. Esa máxima siempre me ha dado paz. La decisión correcta es la que he tomado. Sobre todo cuando las dos podrían haber estado justificadas en ¡aquel momento. Pero la que Dios quiso es la que fui capaz de ver en con claridad, con lo que sabía, con lo que estaba pasando. En el silencio de mi alma que abrazaba a Dios con ternura. Y no caí en esa indecisión que me puede atormentar, cuando el miedo me paraliza y el odio al error frena mis pasos. Está bien lo que he hecho, Dios así lo ha querido. Construyo sobre los cimientos que yo mismo, con Dios, he ido colocando. Y asumo que soy mejor persona ahora que antes. Que dejé mis inmadureces de un día y me hice más hondo en el fragor de la batalla. Y asumí mi debilidad como camino de vida. Y mis heridas como fuentes de la que beber sin miedo a ser otra vez herido. Todo se ve, es visible, lo que soy y lo que sufro. Lo que amo y lo que pienso. Todo tiene su repercusión en este mundo en el que vivo, en las personas a las que amo, en aquellos que han caminado conmigo una parte del camino,

-

⁴ Lucinda Riley, Matilde Fernández, Sheila Espinosa, Las siete hermanas 1: La historia de Maia

⁵ J. Kentenich, Lunes por la tarde, Tomo 2: Caminar con Dios a lo largo del día

en los que lo hacen ahora. Mi ausencia y mi presencia, todo influye. Mis actos y omisiones, mis palabras y mis silencios. Todo se entreteje en una obra de arte que Dios quiere hacer conmigo. De su mano voy sabiendo que muchos de mis actos quedarán ocultos en el corazón de Dios. Él conoce todo lo que vivo. A Él le importa realmente lo que sufro y lo que amo. Él tiene acceso a mi alma, con su fragilidad y su belleza. De esta forma va cuidando a su hijo para que todo encaje en su corazón de Padre. Él sabrá lo que desea hacer con mi vida. Yo me dejo llevar de su mano como un niño. Mientras las olas siguen meciendo el mundo. Entre un romper y un volver a surgir de entre las aguas. Acariciando la arena de mis playas y calmando las penas y los miedos. **Despertando la alegría, haciendo nacer una vida nueva**.

Tengo hambre. Con mucha frecuencia no estoy saciado y busco alimento. Busco sucedáneos que calmen el hambre por un tiempo. Pero luego vuelve. Jesús sabe de mi hambre, conoce cómo soy. Alza los ojos y me mira: «Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: -¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?». Le preocupa mi hambre. Sabe que necesito ser alimentado y sufro en mi indigencia. Sabe que yo solo no puedo. Hay un hambre honda, profunda, que no soy capaz de calmar. Tal vez me alejo de Dios y busco en el mundo que me sacie, que me llene y quite esa inquietud mía que no me deja alcanzar las cumbres más altas. El hambre de Dios está ahí, dentro de mí, latente. Leía el otro día: «De ahí que filósofos modernos digan, con mucho acierto, que el hombre de hoy, desligado de Dios, se parece a un lobo estepario que aúlla de hambre de Dios, y a la medianoche ronda la tumba de su Dios asesinado»⁶. ¡Cuánta gente hoy vive sin Dios, con hambre dentro! Un hambre espiritual que busca encontrar sentido a todo lo que sienten y viven. Muchos buscan hoy una fuente oculta en el mundo, desean la presencia misteriosa de una fuerza que mueva el universo y dé sentido a este deambular por la vida. Muchos ya no creen en la Iglesia. Creen en las energías que están presentes y ahí buscan la paz, la alegría y calmar el hambre. El camino de Santiago de Compostela nació por el anhelo de tocar en los restos sagrados del apóstol Santiago el amor de Jesús. Los apóstoles, torpes y limitados, niños enamorados, amaron a Jesús hasta el extremo y estuvieron dispuestos a morir defendiendo su nombre. Tocar la tumba del apóstol se convirtió durante siglos en un motivo suficiente para comenzar un viaje que podía incluso acabar con sus vidas. Dejaban la paz de sus casas y se ponían en camino queriendo tocar a Dios en la piel fría de un santo. En la actualidad ese camino tiene mucha vida y miles de peregrinos llegan a Santiago motivados por razones diferentes. En muchos casos sienten que en el camino pueden encontrarse con ellos mismos y así calmar un hambre profunda que tiene todo corazón humano. El hombre no se sacia sólo de pan, sino de un alimento que viene de lo alto. Hay una necesidad más profunda que a menudo sofoco con preocupaciones y posesiones, queriendo ser feliz a medias. Sin dar respuesta al grito del alma no es posible una felicidad plena. Ese grito sigue dentro y me pone en camino, a Santiago o a esa meta en la que espero encontrar un sentido trascendente a lo que vivo. ¿Acaso el amor está condenado a no ser eterno? Si mi deseo es amar para siempre ¿no seré capaz de vivirlo? En el alma hay un deseo de infinito, un anhelo de cielo, un ansia de eternidad que nada puede ahogar, por mucho que lo intente. Llegarán momentos duros en mi vida en los que me sentiré solo y abandonado y miraré al cielo buscando respuestas, algo de esperanza y alegría. Intentaré encontrar un camino que le dé sentido a todo lo vivido. Me encontraré conmigo mismo en ese andar esperando un día tocar al apóstol. Eso es el camino, una búsqueda, un deseo de plenitud, una esperanza que brota solitaria en el corazón humano. Es el hambre más verdadera. Todo parece quitarle importancia a esa hambre que reconozco en mí. Pero sigue ahí esperando un pan que regale consuelo. Jesús me mira y quiere darme de comer. Quiere calmar mis miedos y sostener mis preguntas para las que no encuentro respuestas. El que se pone en camino es un buscador. No importa que no sepa lo que busca, porque ya se está encontrando al andar un pan diario que puede quizás calmarlo para siempre. Si no me pongo en camino, no me acerco a Aquel que puede tener respuestas para mí. Jesús se lo dijo un día a los que lo seguían: «Los que tenéis hambre, seréis saciados». Y por eso Jesús quiere que me den de comer, que me sacien. Dice el profeta Eliseo: «Dáselos a la gente, que coman». Y Jesús les dice a sus discípulos: «Decid a la gente que se siente en el suelo». Quiere saciar su

.

⁶ Kentenich Reader Tomo 2: Estudiar al Fundador de Peter Locher, Jonathan Niehaus

hambre de pan para que comprendan que el hambre que subyace en su interior es la que de verdad importa. Él es el pan que alimenta ese corazón herido y enfermo. Él quiere saciar el hambre que no me deja tranquilo. Yo vivo inquieto, en búsqueda, en camino. Me hago peregrino porque me falta algo. No necesita Jesús que peregrine, ni que toque la tumba de un santo. Sólo necesita que me desprenda de todo lo que me encadena a mi tierra, a mis planes y proyectos, a mis seguridades. Quiere que rompa con lo me quita la libertad para poder caminar ligero de equipaje, en paz por los caminos de la vida, buscando un pan espiritual que dé paz a todas mis ansias y búsquedas. **Ese pan de Jesús es el que necesito. Mi hambre es de Dios, lo tengo claro.**

Lo primero que experimento cada vez que enfrento un nuevo día, es el desborde, la impotencia, la conciencia de mi propia pequeñez. Es ese momento que se desliza entre la noche y el amanecer en el que siento que nada está bajo control y todo parece perdido. Un instante sutil en el que me confronto con lo que parece un problema irresoluble, una imposibilidad real. Una misión que supera mis fuerzas. Un desafío que me saca de mi comodidad. Necesito ponerme en marcha hacia ningún sitio. Arrojarme en el vacío esperando una mano amiga que me salve. Una sonrisa que sostenga mis lágrimas. Un abrazo que contenga mis miedos. Pero tengo que pasar por ese momento en el que todo parece imposible. Sólo entonces comprendo que no puedo seguir aferrándome como un náufrago a la tabla que me sostiene en el mar, sujeto por mis propias fuerzas y méritos. Desprendido entonces de mi capacidad humana dejo espacio a la fuerza de Dios. Me he dejado caer, abismado en el océano profundo. He saboreado la amargura de la derrota. He sentido la punzada del miedo. Y he atisbado una salida que no se ve, gracias a esa fe que nace en lo profundo de mi alma. Sólo cuando he experimentado la propia debilidad e impotencia comienzo a creer en los milagros. El criado le pregunta al profeta con pesar: «¿ Qué hago yo con esto para cien personas?». Y los discípulos que sí creen en Jesús, dudan: «Felipe contestó: - Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: - Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero ¿qué es eso para tantos?». No bastan doscientos denarios. No son suficientes cinco panes y dos peces. Nada basta, nada de lo humano alcanza. Si no pongo mi nada, nada sucede. Y sólo si la pongo puede suceder todo. Pero antes entro en ese instante de pánico lleno de dudas y miedos. ¿Será posible esta vez? ¿No estaré tentando la suerte? ¿No será que Dios me ha abandonado? ¿No será imposible todo lo que he soñado realizar? Los planes de Dios superan los planes humanos. Me planteo un proyecto a la medida de mis manos, abarcable. Pero cuando supera mis fuerzas lo abandono por miedo al fracaso. Yo me pongo los límites y delimito las barreras que no puedo atravesar, porque no sé hacerlo, porque no logro enfrentarlo, porque no tengo aptitudes suficientes. Yo me limito tantas veces y digo que es imposible. Comenta Jacques Philippe: «Nuestra prisión somos nosotros, los limites de la percepción de la realidad, nuestras estrecheces de pensamiento y corazón»⁷. Mis límites no me dejan ver más allá del horizonte marcado por mi vista. Me falta fe en lo que no veo. Sólo observo el límite y la carencia. Aplico la lógica y hablo de lo que es razonable y lógico, de lo prudente. Lo imposible se vergue ante mí con una fuerza inaudita. No puedo avanzar porque yo mismo me he defraudado de la vida. Se me exige algo que no puedo dar. No puedo multiplicar los panes para que lleguen a muchos. No puedo lograr que todos tengan una vida plena y feliz. No puedo salvar a todas las personas que Dios pone a mi alrededor. No puedo acabar con todo el mal del mundo. No puedo mitigar el sufrimiento de tantos, ni abolir las leyes que atentan contra el amor. No puedo conseguir que no haya más injusticias ni muertes. No puedo, es imposible. Pero no es imposible tomar esos denarios en mis manos, o esos panes y peces y ofrecérselos a Dios. Sé que no puedo lograr lo imposible, porque no me corresponde. Pero en ese momento de duda y miedo sólo tengo que llegar ante Dios y decirle al oído: «Jesús, sé muy bien que es imposible. Humanamente no hay cómo salvarlo. Pero Tú sabes más que yo. Tienes el poder que yo no tengo. Tú eres el infinito más allá de mi horizonte. Y eres el amor que supera todos mis amores mezquinos. Tú no tienes medida, porque para ti todo tiene un sentido. Nada sin ti existe y nada sin ti sobrevive». Aceptar que mi vida descansa en las manos del poder de Dios es lo que me salva. Por más que hago cálculos humanos, busco medios factibles, hablo de plazos y de empresas posibles, al final sólo Dios me

⁷ Jacques Philippe, Si conocieras el don de Dios

salva. Por mucho que yo me esfuerce en añadir un día más a mi vida sé que será imposible. Por más que pretenda que todo sea perfecto, lo que hago, lo que pienso, lo que digo o lo que escribo, no lo logro. Cuanto antes asuma mi imposibilidad para vivir plenamente seré más feliz, tendré más paz y mi vida será sin tensión. No intentaré convencer al mundo de lo que no soy. No intentaré mostrar una imagen intachable buscando el reconocimiento. No esperaré que nunca nadie conozca mi debilidad, incluso mis pecados. No me tensionaré todos los días pretendiendo ser yo el que haga posible lo imposible. Me enfrento hoy como los discípulos a una imposibilidad real. No es posible dar de comer a tantos. Alzo la vista al cielo con desesperación y con fe. No es posible acabar con la pandemia. No es posible salvar a todos los enfermos, a los más queridos. Lo acepto, no está en mis manos. Se lo entrego a Dios y confío en que su amor me dará paz en mi debilidad.

Y es ahora, cuando he tocado la imposibilidad, cuando Jesús me pide que haga lo que pueda. Que no me angustie ni pierda la paz. Así se lo dice el profeta al criado: «Dáselos a la gente, que coman. Porque así dice el Señor: Comerán y sobrará». Y también se lo dice Jesús a los discípulos: «Dadles vosotros de comer». Ellos sólo obedecen y se ponen en camino. Así hago yo, me pongo en camino. Sé lo que tengo y lo que puedo dar. Sé lo que hay en mi alma y todo lo que falta. Conozco el camino recorrido y veo a lo lejos lo que aún no he podido caminar, lo que me queda. Y no me angustio, no pierdo la esperanza, no me desespero en mi soledad. Dios puede hacerlo todo. Yo sólo tengo que entregar lo que tengo, mis panes, mis peces. Me obsesiono por controlar los pasos que doy. Quiero dar de comer a la gente con mis panes, con mis capacidades, con mis dones naturales, con mi inteligencia y capacidad. Y miro a Jesús y le digo: «Me has llamado porque sé hacer esto y esto otro, ¿verdad?». Y Jesús me mira divertido y me responde: «; Pero no ves que yo lo tengo todo? Te he llamado por lo que hay en ti, en lo más hondo, tu pobreza». Y yo no acierto a comprender. Me siento capaz de ciertas cosas y creo que en ellas, en mi potencial es donde Jesús me necesita para hacer grandes cosas. Pero Jesús lo que necesita son los panes de un niño, pocos y pequeños. Necesita la pobreza del que no tiene demasiado para vivir. Necesita la verdad del que no sabe cómo enfrentar el camino. Necesita mi sonrisa que no cuesta demasiado, porque los que sonríen iluminan el mundo. Necesita mi corazón capaz de emocionarse con lo humano que ve ante sus ojos, con eso basta. Y sólo me pide como dice S. Pablo que construya desde el bien que hay en mi interior: «Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz». Necesito tener paciencia, ser humilde, amar con el bien de mi alma, luchar por la unidad y por la paz. Necesito levantar torres altas sin fuerza ni capacidad, porque es Dios quien lo hace. Él trae la sobreabundancia. Trae el amor y obra milagros inmensos que no puedo alcanzar a ver. Ese milagro de la vida es el que espero ver cada día: «Entonces el criado se los sirvió, comieron y sobró, como había dicho el Señor». Y Jesús bendijo los panes y los peces y los repartió. Y sobró mucho, quedaron sorprendidos: «Dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie. Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido». La sobreabundancia siempre sorprende. Dios me sacia en esa sed interior que tengo: «Abres tú la mano, Señor, y nos sacias». Pienso en la mujer samaritana que no quería tener que volver al pozo cada día a calmar la sed. Y Jesús le dice que tiene un agua que la calmará para siempre. Ella se sorprende. Cuando me dan más de lo que pido me sorprendo. Siempre es así. Le pido algo a Dios y me da mucho más. Y miro atónito lo que recibo. Es demasiado. Cuando pienso en mi vida con Dios es mucho más lo recibido que lo entregado. Casi pienso que la mayoría de las veces me he dado con cuentagotas. He dado esperando recibir más. He medido mi generosidad para no extralimitarme. He sentido que tenía que dar sin acabar dándolo yo todo sin recibir nada a cambio. Me he vuelto egoísta, guardándome para mí las cosas que recibía, sin dar nada, esperándolo todo. El desbordamiento del amor me sorprende. Me asombro ante los que dan y nunca esperan. Se entregan y no se guardan. Se dan y no son egoístas. Me impresionan esas personas que siempre están atentas para ver lo que hace falta, dónde son necesarias, qué tienen que hacer. Son esos hijos de Dios enamorados que han entregado su vida entera y no viven cuidándose las espaldas. Me gustan los que dan sin buscar luego compensaciones. Los que piensan más en la otra persona, antes que en ellos mismos. Los que no se ponen en primer lugar contando sus

historias. Las que no viven centradas en sus problemas esperando que alguien se detenga a saciar la sed que tienen. Me asombro de los enfermos que ayudan a enfermos. Los que con el riesgo de perder la vida en el intento no lo piensan y se lanzan al mar a salvar al que se está hundiendo. Me gustan los que no miden su amor, sino que se dan sin medida. Los que no esperan de los demás un amor que se convierte en exigencia. Los que agradecen todo lo que reciben sin llevar cuentas. Los que no se comparan con los que reciben más o con aquellos a los que les va mejor en la vida. No dejo de admirar a los que se entierran en el silencio sabiendo que su semilla al morir un día dará vida. Esa actitud de Jesús es la misma que ellos tienen. Dan agradeciendo, se entregan sin esperar nada a cambio. **Aman sin llevar cuenta del amor que entregan, menos aún del que reciben**.